

# HARO TEGLEN

## CAMBIOS EN ASIA

Las primeras palabras que el Presidente Nixon ha dedicado a China confirman la importancia que se concede a la serie de conversaciones que deben comenzar, en Varsovia, el 20 de febrero. Los Estados Unidos, dice Nixon, continuarán oponiéndose al ingreso de China en las Naciones Unidas, pero relega toda decisión hasta que su negociación con los representantes de Pekín muestren «si ha habido en ellos cambios de actitud». Algunos países, como Canadá y como Italia, se están adelantando a posibles acontecimientos y preparan sus relaciones con China. El discurso de Pietro Nenni (24 de enero), ministro de Asuntos Exteriores italiano, recoge la idea de que China admite la coexistencia pacífica en su política nueva, pretende un reconocimiento «de jure» y señala que cuando esto se produzca, Italia favorecerá la idea de un ingreso de China en la ONU. El primer ministro de Canadá, Trudeau, ha conversado, en Roma, con Nenni sobre este tema, y advierte también que su país desea el reconocimiento. Hay una carrera hacia Pekín. El objetivo primordial de esa carrera es el de cubrir un mercado de setecientos millones de personas con sed de industrialización, con necesidades de compra que, por una parte, cesaron cuando se produjo la ruptura con la URSS, y, por otra, están congeladas por el embargo de los Estados Unidos. La ocasión que estos países —y otros, como Japón— creen encontrar es la del posible final de la guerra del Vietnam, que debe suponer una apertura considerable de circunstancias en toda Asia, y la idea insistente de que China «está cambiando». Los medios occidentales de información llevan un tiempo insistiendo en que la «revolución cultural» ha terminado en un sentido desfavorable a los extremistas de izquierda, que los llamados «supermaoístas» están en retirada y que Pekín acepta los principios de la coexistencia. El dominio casi general del ejército en los comités revolucionarios parece indicar esa tendencia llamada conservadora. La demostración de unidad celebrada el 27 de enero en Pekín parece corroborar esas tendencias, y se espera que el noveno congreso del Partido Comunista de China —hacia la primavera— adopte las nuevas tesis «moderadas».

La primera entrada de China en la sociedad internacional podría ser una conferencia de paz en el Vietnam, que es una de las salidas que preconiza la nueva administración americana para la guerra. La intención de Estados Unidos sería crear una situación política y diplomática en el Vietnam, que fuera resultante de la actual correlación de fuerzas, sin tener en cuenta para nada la conferencia de Ginebra de 1954. La idea de Nixon sería convocar ahora, cuando las grandes líneas de un proyecto de estabilidad sean realizadas en París, una nueva conferencia internacional y ofrecer en esa conferencia un sitio a China y otro a la URSS, esta última como gran potencia mundial, y la primera como clave indispensable para la estabilidad en Asia. La novedad de esta política reside en el abandono de la diplomacia utópica que suponía un «regreso» de la China nacionalista —Taiwan— al continente. Paralelamente, los «sinólogos» de Washington creen que, por su parte, China estaría dispuesta a aplazar sus reivindicaciones sobre Formosa, a dejarlas durmientes durante un cierto tiempo, con objeto de facilitar así su propia posición internacional.

En el momento en que China se sentase a una mesa de conferencias para tratar de un problema de alcance mundial, como es el Vietnam, junto a la URSS y los Estados Unidos, probablemente con otras naciones como Francia y Gran Bretaña, que fueron elementos importantes en la conferencia de Ginebra, y con otras que tienen intereses asiáticos y que incluso participan en la guerra del Vietnam, como Filipinas o Australia, habrá dado un primer y trascendental paso hacia su plena participación en la diplomacia mundial.

Los movimientos chinos de deshielo se están dirigiendo hacia el mundo occidental, pero no hacia la URSS y los otros países comunistas. Los términos de la ruptura entre Pekín y Moscú no se han modificado. El repetido, hasta la sacie-

dad, término de colusión, palabra clave de todas las acusaciones chinas sobre un posible entendimiento entre Estados Unidos y la Unión Soviética en detrimento de China y de otros países y grupos revolucionaristas, parece sentirse ahora en Moscú de una manera inversa, mediante la sospecha de que un deshielo entre Pekín y Washington podría conducir a una colusión contra la URSS, y que en ella podría participar Alemania Federal, cuya poderosa fuente industrial ayudaría al desarrollo de China, conjuntamente con el Japón. La URSS sabe que, por el momento, toda idea de coexistencia es una coexistencia básica entre Moscú y Washington, por el simple hecho de que la relación de fuerzas entre los dos países —armamento nuclear, extensas zonas de influencia, desarrollo espacial, peso sobre la economía mundial— hacen obligatoria esa coexistencia o, si fallase, producirían una guerra mundial. Pero el problema está en saber cómo se injerta la pieza china en el mosaico, si Nixon —o sus sucesores, porque el tema parece planteado a largo plazo— intentará jugar con ella para un aislamiento de la URSS o, por el contrario, si podrá equilibrarse una «coexistencia de tres», con zonas de influencia delimitadas de forma que Asia pudiera corresponder a China, o a un equilibrio China-Unión Soviética, teniendo en cuenta el carácter de potencia asiática de la URSS. Por otra parte, el problema asiático está dotado de numerosas incógnitas. Esas incógnitas van desde la India hasta el Japón. Las enormes masas indias y pakistaníes —Pakistán conoce ahora un importante período de agitación—, incluso las de Indonesia, a pesar de un régimen duro y fuerte, están sin posar. Son inestables. Numéricamente, esas masas superan las de China. Se ha intentado hasta ahora que sirvan de equilibrio a China, pero no está excluido que, en un momento dado, puedan sumarse a ella o puedan formar parte de un nuevo movimiento panasiático. En cuanto al Japón, recreado tras la guerra a imagen y semejanza de los Estados Unidos, pero sumando su propia fuerza tradicional de trabajo y de inventiva, se ha convertido en la tercera potencia industrial del mundo. Su posición en Asia es particularmente difícil. La historia le ha ido haciendo, a lo largo de los siglos, enemigo de todos los países asiáticos, en razón de su fuerza expansiva. Su fuerza militar es hoy puramente simbólica, y depende para su defensa de los Estados Unidos. Si los Estados Unidos se retiran progresivamente de Asia, si la doble lección de Corea y de Vietnam les obliga, como parece, a no comprometerse más, por lo menos en muchos años, a una intervención en Asia, Japón se encontraría abandonado. Una de las razones, probablemente la más profunda, de las graves agitaciones interiores del Japón es que un sector de la opinión pretende que el gobierno se desentienda ya, desde ahora, de su política americana y se reconvierta hacia un independentismo asiático. Es una tendencia que se manifiesta también en la nueva política exterior de Filipinas, conducida ahora por Carlos Rómulo.

La apertura de todas estas dudas y de todas estas inseguridades proviene de la tendencia a terminar la guerra del Vietnam. Se abren una serie de perspectivas. Todos los estados asiáticos están más o menos reconsiderando sus políticas, tratando de establecer un futuro en el que tengan que contar cada vez menos no solamente con la presencia militar americana en Asia, sino también con su ayuda económica. Las bases americanas en el Japón forman parte del tratado que ha de revisarse en 1970: todo este año va a presenciarse las campañas porque la revisión termine en una anulación. En Filipinas, las declaraciones de Carlos Rómulo han sido bastante claras, en el sentido de que prefiere no renovar las bases americanas. En general, los países asiáticos están tratando de adaptarse a las nuevas formas posibles de la coexistencia con China, como en otra medida los países europeos tratan de adaptarse a la coexistencia con la URSS. Se les ha advertido ya, más o menos, que deben arreglarse por sí solos frente a las opciones del futuro, cuando durante tantos años se les ha estado advirtiendo que no traten de hacer movimientos individuales, nacionales, que no correspondan a la alianza. Pero la alianza está en quiebra.